

CAPITULO VII.

Como espectro salido de la tumba,
Vino y les anunció fallos terribles.
Cerrado el cielo, penas mil horribles..

El Reformador.

La sorpresa de Julian con la aparición imprevista del mayor Bridgenorth se reemplazó por el temor que al mismo instante le inspiró el genio violento de su padre; porque tenía las mas fuertes razones para recelar se dejase llevar de algun impetu contra un hombre, á quien

respetaba tanto por él mismo como por ser padre de Adelaida. Sin embargo el modo que tuvo de presentarse no era capaz de suscitar resentimiento alguno. La serenidad se dejaba ver en su rostro, su paso era mesurado y tranquilo; sus ojos indicaban ciertamente cuidado é inquietud, pero no animosidad ni alegría por el triunfo.

— Sea vm. muy bien venido, sir Geoffrey Peveril, dijo, tan bien venido como lo habria sido cuando aun nos llamábamos vecinos y amigos.

— Por vida mia, respondió el anciano caballero, si hubiera yo sabido que era tuya esta casa, hubiera consentido me arrancaran el alma del cuerpo, antes que atravesar sus umbrales, es decir para buscar en ella mi seguridad.

— Perdono su animosidad á causa de sus prevenciones de vm., dijo el mayor.

— Guárdese vm. mi perdon hasta que haya logrado el suyo, replicó sir Geoffrey. ¡Por san Jorge! tengo jurado que si lograba poner los pies fuera de aquella infernal carcel donde se me puso, gracias á vm. en gran parte, señor

Bridgenorth, que le haria pagar á vm. el alquiler de tan mal alojamiento. No tocaré á nadie en su casa, pero si tiene vm. á bien mandar á ese pícaro que me vuelva mi arma, y venir á dar dos pasos conmigo por este patio sombrío poco distante, le haré ver á vm. la suerte que puede tener un traidor en concurrencia de un súbdito leal, un puritano con un Peveril del Pico.

— Cuando yo era mas mozo tenia la sangre mas viva, sir Geoffrey, respondió Bridgenorth sonriéndose con mucha calma, no quise admitir el cartel que vm. me envió. ¿Es probable que le acepte ahora que tan cerca estamos ambos del sepulcro? Jamas me he negado y jamas me negaré á derramar mi sangre por mi patria.

— Es decir cuando se trata de tomar las armas contra el rey, dijo el caballero.

— ¡Padre mio! exclamó Julian, oigamos al señor Bridgenorth. Nosotros habemos hallado asilo en su casa; y aunque le vemos en Londres, debemos tener presente que no se ha presentado en el tribunal á declarar contra nosotros esta mañana, cuando su declaracion hubiera podido dar mal aspecto á nuestra causa.

— Joven, tiene vm. razon, dijo Bridgenorth, y mi ausencia de Westminster debe mirarse como una prenda de mi sinceridad. Diez minutos de camino me faltaban para llegar á la sala de justicia y asegurar la condenacion de los acusados. Pero, ¿cómo me hubiera sido posible resolverme á ello, sabiendo como sé, que te debo á tí Julian la salvacion de mi hija, de mi querida Adelaida, de todo lo que me resta de su santa madre, que tú eres quien la libró de las asechanzas con que la tuvo asediada el infierno y la perfidia.

— ¡Creo que está en seguridad, exclamó Julian con viveza, poco menos que olvidado de la presencia de su padre, muy segura, y bajo la proteccion de vm.!

— No bajo la mia sino bajo la de una persona, á quien despues de la de Dios puedo confiarla con mas certeza.

— ¿Está vm. seguro? ¿muy seguro de ello? porque yo la encontré en poder de una muger á quien habia estado confiada, y que sin embargo....

— Era la criatura mas vil. Pero quien hizo

eleccion de ella se habia engañado con respecto á su conducta.

— Diga vm. antes que fué vm. quien se engañó en cuanto á la de este hombre. Acuértese vm. que, cuando nos separamos en Moultrassie-Hall, le advertí que debia desconfiar de aquel Ganless que....

— Ya sé lo que va vm. á decir, y no se habia vm. equivocado en hablarme de él como de un mundano. Pero ha reparado su error librando á Adelaida de los peligros á que estuvo expuesta cuando se vió separada de vm. Por otra parte no he tenido por conveniente confiársela otra vez, siendo lo que mas estimo.

— Doy gracias á Dios porque tiene vm. abiertos los ojos, á lo menos en parte.

— Este dia me los hará abrir del todo ó cerrar para siempre, respondió Bridgenorth.

Durante este corto diálogo y sin advertir los interlocutores que habia otros oyentes, escuchaba sir Geoffrey con sorpresa y curiosidad, esperando oír algo que le hiciese inteligible la conversacion; pero, no pudiendo comprender nada, exclamó de repente. —

¡Rayos y centellas! Julian, ¿qué significa esa charla? ¿qué relacion puedes tú tener con este hombre sino para darle de trancazos, si no juzgas indigno de tí matar á palos un pícaro tan viejo?

— Vm. no conoce al señor Bridgenorth, padre mio, respondió Julian; estoy cierto de que vm. no le hace justicia; le debo grandes obligaciones, y estoy seguro de que cuando vm. las sepa....

— Creo que moriré antes, dijo sir Geoffrey cada vez mas enfadado; creo que Dios, por su misericordia, me reunirá con mis antecesores antes de saber que mi hijo, mi único hijo, la última esperanza de mi antigua casa, todo lo que me resta del nombre de Peveril, ha consentido contraer alguna obligacion con el hombre que yo debo aborrecer mas en todo el mundo, cuando no despreciarle todavía mas. ¡Hijo degenerado! ¡Te avergüenzas! ¡callas! ¡habla! niega semejante bajeza, ó por el Dios de mis padres....

Avanzóse hácia él de repente el enano.— ¡Silencio! exclamó con una voz tan desapacible y á la par tan imponente, que parecia casi so-

brenatural; ¡silencio! hombre de pecado y de soberbia, y no invoque el nombre de Dios que es la santidad misma, en testimonio de su resentimiento profano.

Estas palabras, pronunciadas con un tono firme y decidido, y el entusiasmo con que se expresaba, dieron entonces á este tiempo al enano despreciado un ascendiente manifiesto sobre el hombre, á cuyo codo no alcanzaba. Miróle sir Geoffrey por un instante sorprendido y casi temeroso como si fuese una aparicion que tenia delante.

— ¿Sabe vm. la causa de mi resentimiento? le preguntó despues.

— No, respondió el enano; bástame saber que nada puede justificar el juramento que iba vm. á hacer. ¡Hombre ingrato! se ha salvado vm. del furor exterminador de los malvados por un concurso maravilloso de circunstancias, y, ¿debe vm. entregarse en este dia con tal ardor á sus resentimientos?

— Merezco esta reprension, pero se me hace por un conducto bien singular. La langosta, como se lee en el libro de preces, se ha con-

vertido en carga pesada para mis hombros. Julian ya te hablaré yo mas tarde sobre este asunto. En cuanto á vm., señor Bridgenorth, no quiero tratar mas con vm., ni como amigo ni como enemigo: el tiempo se pasa, y yo no pido mas que volver al seno de mi familia. Haga vm. que nos den nuestras armas; abranos las puertas, y separémonos sin mas altercaciones, porque no podrian servir sino para inquietarnos las almas y á indisponernos mas.

— Sir Geoffrey Peveril, dijo Bridgenorth, no quiero inquietar su alma ni la mia; pero el separarnos tan pronto seria difícil, porque no puede acordarse esto con la obra que traigo entre manos.

— ¡Como es eso, caballero! exclamó el enano, ¿quiere vm. decir que nos detendrá vm. de grado ó por fuerza? si no estuviera yo forzado á quedarme por orden de un ser que tiene poder de mandarlo todo á este pobre microcosmo, le haria ver que las llaves y cerrojos no pueden detener á un hombre como yo.

— Tiene razon, dijo sir Geoffrey Peveril, porque creo que podria en caso necesario

soplarse el hombrecillo por el agujero de la cerradura.

Abriéronse hasta sonreirse los labios del mayor, al oír la bravata del pequeño héroe, y el comentario de desprecio que hizo sir Peveril; pero no se dejaba ver esta expresion festiva dos segundos consecutivos; — recobró al momento su gravedad toda: — Caballeros, dijo, conviene se sirvan vms. tomar su partido. Créanme vms., no se trata de hacerles mal ninguno; al contrario deteniéndose aqui, consultarán vms. á su seguridad, que sin esto podria correr muchos peligros. Vms. tendrán la culpa si perdiesen un solo cabello. Pero yo tengo la fuerza, y en caso de sucederles alguna cosa, si se valen de la violencia para salir de aqui, no tendrán que culpar sino á sí mismos. Si no me quieren vms. creer me avengo á que Julian Peveril me acompañe, y le haré ver que tengo medios para reprimir todo acto violento.

— ¡Traicion! ¡traicion! exclamó el anciano caballero. ¡Traicion contra la religion y contra el rey! ¡Oh que no tenga yo por media hora la espada, de que me desprendí por ser un loco!

—Sosiéguese vm., padre, se lo suplico á vm., dijo Julian. Voy con el señor Bridgenorth, pues que lo consiente. Me aseguraré si hay algun peligro y de su especie. Si se trata de alguna medida violenta, tal vez pueda yo lograr impedirlo. Pero en todo caso, no tema vm. que su hijo haga nada que no sea digno de él.

— Haz lo que te parezca, Julian, le respondió su padre, pongo mi confianza en tí; pero si me haces traicion, te seguirá la maldicion de un padre.

Entonces hizo seña Bridgenorth para que le siguiera, y salieron por la puertecilla por donde el mayor habia entrado.

Conducia esta puerta á un recibimiento, ó especie de antesala, en la que parecia reunirse diferentes corredores cerrados por otras tantas puertas, habiendo Bridgenorth abierto una, hizo seña para que Julian le siguiera en silencio y con cuidado. Julian obedeció; y, despues de haber dado algunos pasos, oyó voces de gente, y bien pronto una declamacion magestuosa y enfática. Siguieron andando despacio y con tiento, Bridgenorth le hizo entrar por una

puerta donde acababa este corredor, y le introdujo en una pequeña galeria cerrada por una cortina. Allí oyó distintamente una voz que le pareció de predicador.

Julian no dudo entonces hallarse en uno de aquellos conventiculos en contravencion con las leyes actuales, pero que se celebraban regularmente en diferentes partes de Londres y sus arrabales. La prudencia y el temor del gobierno cerraban los ojos acerca de los frecuentados por gentes de opiniones políticas moderadas, y que solo eran no-conformistas por principios de conciencia. Pero buscaban, dispersaban y perseguian por todas partes donde podian descubrirse, aquellos que se componian de gentes mas rígidas y mas exaltadas de las sectas conocidas con los nombres de Independientes, Anabaptistas, y otras muchas, cuyo terrible entusiasmo habia contribuido á trastornar el trono de Carlos I.

Convencióse luego Julian de que la asamblea en la que se le habia introducido con tanto secreto era de esta última especie, y que la componian gentes que profesaban los principios